

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

La sociología latinoamericana y la sociología histórica.

Verónica Giordano.

Cita:

Verónica Giordano (2007). *La sociología latinoamericana y la sociología histórica. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/529>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La sociología latinoamericana y la sociología histórica

Verónica Giordano

UBA, CONICET

giordanoveronica@hotmail.com

LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA Y LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

INTRODUCCIÓN

Esta ponencia examina la construcción de la Sociología en América Latina desde una perspectiva de larga duración, con especial atención a los desarrollos de la segunda mitad del siglo XX. El objetivo es poner de relieve los puntos de encuentro entre la Sociología Latinoamericana y la Sociología Histórica. Para ello se examina el proceso de institucionalización de la disciplina en la región y se relevan algunas trayectorias de destacados pensadores latinoamericanos, cuya producción tiene elementos que son propios también de la Sociología Histórica -tal como se la entiende desde que ella definitivamente tomó ese nombre hacia 1970 en Inglaterra y Estados Unidos.

Un dato insoslayable es que en los años 1970 y 1980, muchos de nuestros pensadores enfrentaron los avatares de las dictaduras y las transiciones a las democracias -fundamentalmente la censura, la marginalización, el exilio y hasta la represión violenta -y la desaparición. En 1954, se inició la dictadura de Alfredo Stroessner en Paraguay y la contrarrevolución en Guatemala y con ello comenzó un ciclo de violencia social y política que encarnó más férreamente en el terrorismo de Estado de las dictaduras institucionales de las fuerzas armadas de las décadas posteriores (Ansaldi, 2007). Sin duda, todo esto constituye un dato clave para seguir el curso de la institucionalización de la Sociología Latinoamericana, tanto como de las trayectorias biográficas y profesionales de sus pensadores.

Precisamente, aquellos años 1950 constituyeron el momento de consolidación de la Sociología como disciplina autónoma en las estructuras académicas locales, habiendo superado exitosamente diversos procesos de fragmentación e hibridación de las ciencias sociales.¹ Si bien es posible identificar instancias decisivas del proceso aún antes, la Sociología se erigió como disciplina autónoma sólo hacia mediados del pasado siglo.²

Ronny J. Viales Hurtado (2006), haciendo eco del planteo de Luis González Oquendo (1998), sostiene que la construcción de las ciencias sociales no debe verse como una evolución hecha de discontinuidades o saltos en el vacío. Afirma que es preciso relevar no sólo las rupturas sino también las continuidades, y propone interpretar el proceso en términos de “prácticas científicas”. Me hago eco de esta concepción y retomo la noción de

“hibridación” (Dogan y Pahre, 1993), pero hago explícito que ésta, lejos de constituir un proceso unilineal o evolucionista, sujeto a explicaciones deterministas, es un fenómeno que guarda relación con los conflictos sociales de cada momento y, en este sentido, constituye un proceso histórico complejo.

La propuesta del *Informe de la Comisión Gulbekian*, trabajo colectivo presidido y redactado por Immanuel Wallerstein, y su llamado a “abrir las ciencias sociales” (1996) es un material pertinente para pensar el proceso de institucionalización de la Sociología Latinoamericana tal como aquí propongo: en clave de conflicto. En el informe dirigido por Wallerstein es claro cómo los procesos de institucionalización de las ciencias son inescindibles de los conflictos sociales y del proceso más amplio de cambio social. Así, la visión que aquí sostengo está muy cerca de la que presenta Viales Hurtado (como se ha dicho, a su vez tributaria de la de González Oquendo): un proceso de institucionalización en el que las prácticas sociales (y las tradiciones que conforman) son el factor organizador (del cambio social, y de su motor: el conflicto).³

Al abordar el objeto de estudio desde una perspectiva de hibridación, cambio social y conflicto, creo estar dejando más espacio para la asimilación del dinamismo (la serie de posibilidades en juego, la influencia de la coyuntura). En este sentido, la construcción de la Sociología Latinoamericana no supone un núcleo preciso y articulado de teorías y métodos que, desde un cierto origen, evoluciona en el tiempo. La Sociología Latinoamericana resulta de la combinación de unas prácticas de investigación vinculadas a ciertas ideas y conceptos que en conjunto configuran la disciplina en relación inmediata con los problemas sociales en juego y con las teorías y prácticas científicas nativas e implantadas que circulan en cada momento.⁴

LA OBSERVACIÓN DE LOS HECHOS SOCIALES

Con el estallido de las crisis de independencia, surgió en América Latina un pensamiento social, originariamente importado de Europa y de Estados Unidos, traducido y asimilado localmente. Varios de los pensadores involucrados en ese proceso fueron miembros de las elites ilustradas, que “auxiliaron”, o bien llevaron adelante, en primera persona, la lucha contra el colonialismo. En realidad, el primer esbozo de un pensamiento propiamente *americano* había correspondido a los independentistas de las colonias inglesas del norte, en 1776. Enseguida, en la primera mitad del siglo XIX, también los independentistas de las colonias hispanas trazaron los primeros rasgos de un pensamiento *americano* (esto es, de “las Américas” situadas al sur del Río Grande), que versaba fundamentalmente sobre las formas de gobierno deseadas y deseables.

Siempre inspirados en aquellas ideas traídas de los países de la Revolución (la de Inglaterra, la de Estados Unidos y/o la de Francia), algunos de los exponentes más radicales de la causa revolucionaria local fueron Juan José Castelli en el Alto Perú, Mariano Moreno en Buenos Aires, José Gervasio Artigas en la Banda Oriental, Bernardo O’Higgins en Santiago de Chile y Simón

Bolívar en Venezuela y Nueva Granada. Este último, tanto como Bernardo de Monteagudo, otro de los insignes revolucionarios radicales, entre otros, pronto reformularon su visión del mundo, ahora menos liberal, menos republicana y mucho más vinculada al repertorio de ideas autoritarias y centralistas cultivadas por la Ilustración.

Así, durante la primera mitad del siglo XIX aparecieron escritos emblemáticos del pensamiento *americano*. De Simón Bolívar, la *Carta de Jamaica* (1815) y el *Discurso de la Angostura* (1819). De José María Luis Mora, la *Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1937* (1938). De Domingo F. Sarmiento, *Facundo* (1945); de Juan Esteban Echeverría, *El Dogma Socialista* (1946); de Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la república Argentina* (1852) -todos en Argentina. De los temas tratados por estos trabajos surge una evidencia: que la construcción de un pensamiento social propiamente (latino)americano estuvo íntimamente vinculada a los problemas de formación del nuevo orden (el Estado y la Nación).

En efecto, las ideas implantadas desde Europa y Estados Unidos eran interpretadas en una clave (latino)americana, y si bien es cierto que se fundaban en la contrastación con los hechos sociales del entorno, con pretensiones de objetividad y universalidad, estas interpretaciones estuvieron lejos de constituir una escuela de pensamiento o una reflexión inscrita en algún campo científico-disciplinario específico. Viales Hurtado recuerda que:

“Virgilio Tosta formuló la hipótesis de la existencia de una ‘sociología iberoamericana’ que tuvo sus orígenes en las observaciones sociales posteriores al proceso de conquista de América, pero que se conformó de manera más unitaria después de la emancipación política de 1821” (Viales Hurtado, 2006: 132, se refiere a Tosta, 1969).

Es cierto, como cree Tosta, que la “reflexión social” es anterior a la sistematización de la Sociología como ciencia autónoma, que hiciera Auguste Comte hacia 1830. Sin embargo, históricamente la diversificación de las disciplinas pertenece al ámbito de la Ciencia como institución diferenciada del Estado, y en este sentido, pertenece más ampliamente a la institucionalización del orden moderno: del Estado, de la Nación, de las Universidades Nacionales, etc. Hacia 1821, América Latina recién estaba comenzando ese proceso. El reconocimiento de la soberanía y la monopolización de la violencia física y la percepción tributaria fueron los primeros “atributos de estatidad” que se alcanzaron con cierta estabilidad. Con el tiempo, la diferenciación institucional del Estado auspició la especialización y la fragmentación del conocimiento científico, y así entonces comenzó a institucionalizarse la Sociología, pero esto recién ocurrió hacia fines del siglo XIX -y en algunos países incluso bastante después.⁵

En la segunda mitad del siglo XIX, y tal como había ocurrido con el nombre “América Latina”⁶, también desde Francia se impusieron las ideas tributarias del positivismo de Comte y su *Cours de philosophie positive* (1830-1842). Así, hacia 1870 (y hasta c.1900 por lo menos), el pensamiento radical de la

emancipación quedó definitivamente sofocado en pos de unas versiones de la realidad social local justificadoras del nuevo orden, ahora consolidadamente oligárquico.⁷ Influidos por el positivismo, conspicuos pensadores vernáculos buscaron explicaciones que satisficieran su preocupación por comprender y, sobre todo, *operar* sobre la realidad social en la que estaban inmersos.

La modernización económica, política y social de esos años trajo aparejada, entre otras cuestiones, la renovación de las estructuras académicas. Esto ocurrió fundamentalmente en México, con la reforma liberal de Benito Juárez, y allí los referentes del positivismo fueron su ministro de Educación Gabino Barreda, y más tarde Justo Sierra; en Brasil, con el movimiento republicano y Benjamín Constant, y más tarde los positivistas ortodoxos: Miguel Lemos y Raimundo Texeira Mendes; en Argentina, menos ortodoxamente transmitido, y aprovechando el fuerte impulso a la formalización de la Educación de Domingo F. Sarmiento; y en Chile, con los esfuerzos de José Victorino Lastarria, y luego de su discípulo Valentín Letelier (Hale, 1991).

La filiación de Lemos y Texeira Mendes con el “positivismo religioso” de Comte, orientado a establecer la “religión de la humanidad” y la “iglesia positiva”, hizo que esta corriente de pensamiento se instalara en Brasil mucho más como una fuerza ideológica de corte filosófico o doctrinario que como una “teoría de gobierno” o “política científica” -como decididamente sucedió en México, e incluso en Argentina (aquí con fuerte impronta del evolucionismo de Herbert Spencer). En claro contraste, en Chile el positivismo tuvo un perfil bien crítico de la política tradicional dominante de corte centralista y conservador (menos permeable a la propuesta “científica”). En efecto, a diferencia de los otros países, donde el positivismo sustentó la consolidación del Estado, en Chile, el positivismo arraigó en un momento en el que el Estado ya estaba consolidado y las clases dominantes ya habían diseñado sus propios artilugios de legitimación de la dominación.⁸

Hacia 1900, comenzaron a aparecer los primeros signos de crisis de la dominación oligárquica. Las consignas del positivismo (resumibles en la expresión “orden y progreso”) fueron reformuladas en clave racialista, ahora recuperando, a conveniencia, el pensamiento de Herbert Spencer y de Charles Darwin -mucho más útil para atender la “cuestión social” que el pensamiento de Comte. Las disciplinas que impartieron esta forma de conocimiento fueron principalmente la biología, la medicina, la antropología física, la psicología social, así como las teorías de la evolución de las especies y de la sociedad en general. A esta nómina interesa sumar las primeras Cátedras de Sociología que se crearon en esos años y que en buena medida se hicieron eco del nuevo clima de ideas.

Así, como en otras partes del mundo, el conocimiento científico latinoamericano se desarrolló sobre la base del positivismo y el evolucionismo (“racialista”), tanto en el campo de las ciencias físico-naturales como en el de las ciencias sociales. En efecto, estos cambios traían el impulso de lo ocurrido en Europa, donde, tal como afirma Ricardo Salvatore (2006), los ingleses (pero no sólo ellos) desplegaron su vocación imperialista tanto en el plano económico y político como también en el del conocimiento. Esta vocación cristalizó en las

colecciones reunidas en *The British Museum* y *The British Library*. Según muestra el mismo autor, algo similar ocurrió en Estados Unidos, Francia y Alemania, donde proliferaron los museos y las Exposiciones Internacionales o Universales, siendo la más conocida la celebrada en París en 1889 en conmemoración de la Revolución Francesa.

Como se ha dicho, los nombres descollantes del pensamiento científico de esta época fueron Herbert Spencer y sus *Estática Social* y *El hombre contra el Estado*, y Charles Darwin y sus trabajos sobre el origen de las especies y del hombre. Pero también en Francia y en otros países de Europa tuvieron amplia circulación los escritos, también tributarios del positivismo y el evolucionismo, de pensadores tales como Hippolyte Taine, Gustav Le Bon, Max Nordau, Cesare Lombroso, y Charles Letourneau.

En América Latina, estos pensadores constituyeron el material de base para la reflexión para los hombres de ideas que cultivaron así un positivismo y un evolucionismo racialista vernáculo, tales como: el boliviano Alcides Arguedas (*Pueblo enfermo*, 1909), el peruano Francisco García Calderón (*Las democracias latinas en América*, 1911; y *La creación de un continente*, 1912), los argentinos Carlos Octavio Bunge (*Nuestra América, Ensayo de psicología social*, 1903), Ricardo Rojas (*La restauración nacionalista*, 1910 y *Blasón de Plata*, 1912) y José Ingenieros (*Las fuerzas morales*, 1918-1923) y el cubano Fernando Ortiz (*Los negros brujos*, 1917). Otros ejemplos son: el argentino Juan Álvarez (*Manual de Patología Política*, 1889), el venezolano César Zumeta (*Continente enfermo*, 1899), el argentino Manuel Ugarte (*Enfermedades Sociales*, 1905), el nicaragüense Salvador Mendieta (*La enfermedad de Centroamérica*, 1912), el brasileño Manoel Bonfim (*O parasitismo social e evolução na América Latina*, 1903), el chileno Francisco de Encina (*Nuestra inferioridad económica: sus causas, sus consecuencias*, 1912), etc.⁹

En este clima generalizado de ideas, hacia fines del siglo XIX, hubo también algunas manifestaciones excepcionales, significativamente en dos países que no conocieron el Estado oligárquico. Estas expresiones singulares irrumpieron en el escenario latinoamericano en una fase del imperialismo denominada de dualidad anglo-americana, precisamente por la disputa por la hegemonía entre las dos potencias: Inglaterra y Estados Unidos. Se trata del pensamiento del cubano José Martí y del uruguayo José Enrique Rodó, pensadores “bisagras entre dos siglos”, como los califica Patricia Funes.

José Martí, el héroe de la independencia cubana, publicó *Nuestra América* en 1891. A diferencia de otros referentes del pensamiento emancipador latinoamericano, y justamente por el clima de época en el que le tocó vivir (como se ha dicho, el contexto geopolítico de fin de siglo ya no era el mismo que el de 1810), sus ideas tuvieron un claro tinte antiimperialista. En *Nuestra América* Martí sostenía: “No hay odio de razas porque no hay razas”. Al contrario de muchos de los pensadores del momento, que en nombre de supuestos particularismos clasificaban y jerarquizaban a la sociedad según la “raza”, Martí afirmaba “la identidad universal del hombre” (tomado de Funes y Ansaldi, 2004: 486). Tal como afirma Viales Hurtado, Martí introdujo un

problema sociológico fundamental: “la construcción social de la diferencia” (2006: 134).

En efecto, por entonces tomaba cuerpo un nuevo imperialismo, ahora bajo la órbita de poder de Estados Unidos y su proyecto panamericanista. La Primera Conferencia Panamericana tuvo lugar en Washington en 1889-1890. Allí, se pronunció, disidente, el delegado argentino Roque Sáenz Peña, quien levantó la consigna “América para la Humanidad” -aunque hay que decir que no se trataba de una reacción antiimperialista, sino ante todo una expresión a favor del imperio británico, muy coherente con las relaciones de dependencia promovidas por los gobiernos oligárquicos de su país.¹⁰

Precisamente, frente al materialismo de la cultura norteamericana, el uruguayo José Enrique Rodó, en su *Ariel*, aparecido en 1900, defendió la espiritualidad y el idealismo de la “latinidad”. Rodó sostenía la existencia de un “espíritu” latinoamericano, e interpelaba a la juventud para defender a América del utilitarismo y del materialismo impuesto desde Estados Unidos.

Otra nota singular fue el pensamiento impartido desde la *Escola do Recife* en Brasil -un movimiento cultural de la región nordestina, fuertemente crítico del positivismo filosófico. En contraste con la tradición positivista comteana predominante, la *Escola* reivindicaba la noción de progreso científico en la clave de Spencer, por considerarla más flexible y más apropiada para ofrecer soluciones a los problemas de la sociedad. Según este movimiento, el positivista comteano estaba supeditado a un dogma, que determinaba no sólo una convicción científica, sino también un criterio moral y artístico. Este carácter determinista y esterilizante era contrapesado por la *Escola do Recife* con la noción de conciencia o razón.¹¹

Respecto de la institucionalización de las disciplinas en particular, superadas las luchas por definir el nuevo orden, se comenzó a escribir las Historias Nacionales, recreando el pasado independentista como pasado oficial. Algunos ejemplos destacados son: Justo Sierra en México, Barros Arana en Chile y Bartolomé Mitre en Argentina, todos ellos sostenedores de un enfoque de la historia como relato constructor de la nacionalidad. También, como se ha dicho, hacia fines del siglo, se crearon las primeras Cátedras de Sociología, en general, en el seno de las Facultades de Filosofía, Derecho y Economía, fundamentalmente para explicar la construcción de las instituciones de gobierno del Estado y las mentalidades que eran sustento de la Nación.

Según los datos relevados por Alejandro Blanco, en 1882, la Universidad de Bogotá abrió el primer curso de sociología en el mundo, incluso antes que se inaugurara uno en Chicago, en 1892 (2005: 25). En Argentina, la primera cátedra de Sociología fue la creada en 1898 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y desde 1904 fue su profesor Ernesto Quesada. En esos años, el mencionado Carlos Octavio Bunge tuvo la primera cátedra de Sociología en la Universidad de La Plata, inaugurada en 1906. La segunda cátedra de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se creó en 1908 en la Facultad de Derecho, y su primer profesor fue Juan Agustín García.¹²

También en Venezuela, las primeras cátedras de Sociología se crearon tempranamente: en 1902, en la Universidad Central de Venezuela, y más tarde en la Universidad de Los Andes (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006). Blanco (2005) y Viales Hurtado (2006) coinciden en un hallazgo que indica un desarrollo pionero: la creación del Instituto de Ciencias Sociales en Caracas en 1877. Carlos León, abogado recibido en la Universidad Central de Venezuela, es considerado el padre fundador de la disciplina. Alejado del país por motivos políticos, se desempeñó en Francia como agregado diplomático (1893-1894). Allí conoció las teorías y tendencias políticas en boga en Europa. De vuelta en Venezuela, introdujo en sus cursos las lecciones de Emile Durkheim. En 1904, publicó *Elementos de Sociología*, donde plasmó sus conocimientos sobre este clásico de la disciplina.¹³

En Brasil, las primeras Cátedras se crearon comparativamente más tarde, hacia 1920, en las *Escolas Normais* (Liedke Filho, 2006). Es una nota singular que fueran las escuelas secundarias de señoritas (y futuras maestras) las primeras en albergar la enseñanza de la Sociología en Brasil (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006).

También en esta época, acompañando los esfuerzos institucionales señalados arriba, se publicaron numerosos estudios de Sociología. Sólo por citar unos pocos ejemplos, cabe mencionar: del portorriqueño Eugenio María de Hostos, *Tratado de Sociología* (1904); del mismo año, del argentino Ernesto Quesada, *La Sociología*; del argentino José Ingenieros, *Sociología Argentina* (1908); del venezolano Laureano Vallenilla Sanz, *Cesarismo democrático* (1919). Estos y otros tantos libros constituyeron verdaderas investigaciones sociológicas. Lejos de estar subsumidos en el discurso ensayístico en boga en la práctica científica de aquel entonces, se autoerigieron como discursos “científicos” sobre la realidad latinoamericana, esto es, como un conocimiento basado en la experiencia y la inducción como métodos exclusivos de la Ciencia.

LA EXPLICACION DE LA CRISIS

En América Latina, la crisis de 1930 es expresión del deterioro del orden poscolonial. Ella se expresó en el nivel económico, como crisis del capitalismo y del modelo primario exportador. En el plano de la política, como crisis de la dominación. Y en el nivel ideológico y cultural, como crisis del liberalismo. La crisis fue, además, expresión de un conjunto de cambios que tuvieron gran influencia sobre el desarrollo de aquella naciente Sociología Latinoamericana. La erosión de las certezas del liberalismo y de la civilización, que la Gran Guerra había puesto crudamente al desnudo, transformó severamente el pensamiento acerca de lo social. El orden positivista y evolucionista tal como lo habían imaginado sus mentores durante el siglo XIX llegaba a su fin en ambos lados del mundo.

En el ámbito específicamente local, el clima de celebración de los centenarios de la independencia había sido una ocasión propicia para la elaboración de refundaciones. En este plano, el modernismo, una de las corrientes que arraigó

fuertemente en los ambientes intelectuales de la época, dejó su impronta. Pero más señaladamente, en una perspectiva de larga duración, interesa resaltar el ingreso de las ideas surgidas de la revolución rusa, el socialismo y la creación de partidos comunistas. Interesa también resaltar el auge del nacionalismo y, en particular, la consiguiente elaboración de un pensamiento latinoamericano antiimperialista, que como se ha visto, había tenido algunas expresiones singulares hacia fines del siglo XIX.

En los años 1920, más articuladamente, los intelectuales latinoamericanos denunciaron el imperialismo de Estados Unidos, sobre todo ante el espanto provocado por la decisión de la potencia del norte de llevar su dominación hasta extremos intolerables como lo eran las intervenciones militares. Tal como muestra Funes (2006), “salvar la nación” fue una consigna apropiada y definida con signos diversos por parte de muchos intelectuales, en un clima agitado por el movimiento estudiantil, el surgimiento de una “generación crítica” y las vanguardias literarias y políticas. En todos los planos, se denunciaba la crisis de legitimidad y la necesidad de crear nuevas fórmulas legitimadoras.

Otra vez, nación y pasado histórico aparecieron imbricados, y así se elaboraron nuevas historias nacionales, que variaron según las distintas posiciones tomadas frente a la controversia por la reconstrucción de los orígenes y los alcances de la inclusión (y la exclusión). Otra vez, como había ocurrido durante la emancipación, América Latina era pensada a escala regional -desde luego, con signos epocales bien distintos.

Entre los varios referentes de estas nuevas corrientes, es obligada la mención del peruano Víctor Haya de la Torre. Al “hispanoamericanismo” o “iberoamericanismo” de cuño colonial, el “latinoamericanismo” propio de las repúblicas del siglo XIX y el “panamericanismo” típico de la vocación imperialista “yanqui”, Haya de la Torre opuso su concepto “Indoamérica”, expresión que remitía a la “nueva generación” y en última instancia a la “revolución”. Tal vez uno de los aspectos más interesantes del pensamiento de Haya que interesa recoger aquí es su reflexión acerca de la Historia. Según apuntan Waldo Ansaldi y Patricia Funes:

“La dimensión del Espacio-Tiempo, acuñada por Einstein para explicar los comportamientos gravitatorios de los cuerpos celestes, [fue] trasladada por Haya a la interpretación de los fenómenos sociales cobrando sanción definitiva en la década de 1940 en la denominada ‘Teoría del Espacio-Tiempo histórico’. Esta tesis reconoce influencias de Hegel, de la dialéctica materialista histórica y de la relatividad einsteniana” (1998: 32).

Asimismo, entre los intelectuales que introdujeron los conceptos marxistas en la región, es obligada la mención de dos figuras claves: el peruano José Carlos Mariátegui y el cubano Julio Antonio Mella, quienes además formaron parte de un debate histórico, junto con Haya de la Torre, sobre la realidad social latinoamericana. Haya de la Torre pensaba que en “Indoamérica”, el imperialismo no era “la etapa superior” del capitalismo, sino la primera. A esta interpretación se opusieron Mariátegui y Mella, ambos vinculados al comunismo. En efecto, la prioridad que el APRA de Haya de la Torre daba al

frente de clases liderado por los sectores medios, tanto como su carácter movimientista, eran puntos inaceptables para los Partidos Comunistas latinoamericanos. Más allá de la riqueza de esta controversia (analizada y documentada cuidadosamente en Funes, 2006), aquí interesa señalar que “los tiempos y los sujetos del cambio social fueron cuestiones claves de la polémica entre Haya de la Torre y Mariátegui o entre Haya de la Torre y Mella” -polémica tributaria de las dos grandes opciones políticas del momento: reforma o revolución (Ansaldi y Funes, 1998: 15).¹⁴

Pero “salvar la nación” fue una consigna también apropiada en el Estado. Con igual tono crítico, pero sin alusiones al marxismo, estas visiones también hicieron hincapié en la necesidad de redefinir la identidad en escala nacional y regional. En México, José Vasconcelos, desde la Secretaría de Educación del gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924), promovió una reflexión acerca de la identidad nacional mexicana. En 1925, sus ideas cristalizaron en su célebre *La Raza Cósmica. Misión de la Raza Iberoamericana. Notas de Viajes a la América del Sur*. Asimismo, las ideas acerca de la mexicanidad prendieron fuertemente en el Ateneo de la Juventud, en la reflexión “mestizófila” de Andrés Molina Enríquez, en los *Discursos a la nación mexicana* de Antonio Caso, o en el indigenismo de Manuel Gamio, autor de *Forjando Patria* (1916) (Funes, 2006).

Hay que notar que, en México, en pleno proceso revolucionario, había tenido gran acogida el movimiento estudiantil universitario, inspirado en los principios de la Reforma argentina de 1918. Según esta visión de las cosas, el intelectual/universitario no podía escindir su práctica de la lucha política y el compromiso social. Como muestran Waldo Ansaldi y Patricia Funes:

“En ese contexto no extraña -como bien dice Jean Franco- que la preocupación política se torne impostergable y que artistas e intelectuales se hagan militantes políticos -incluso abandonando la práctica de la pintura y la poesía- y/o pongan su obra al servicio del mensaje revolucionario, en un cuadro definido por una clara perspectiva: la subordinación de la labor artística a las directivas partidarias. Así, por caso, los célebres pintores Xavier Guerrero, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros son miembros del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, mientras los cubanos Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella y los peruanos José Carlos Mariátegui y César Vallejo se comprometen activamente en las luchas políticas, compromiso que en Mella se paga con la muerte, decretada por el dictador Gerardo Machado y ejecutada en México por un sicario. Incluso en los muralistas José Clemente Orozco (mexicano) y Cándido Portinari (brasileño), que se niegan a confundir arte y política, la cuestión social es objeto de tratamiento en sus obras” (1998: 14).

En otro registro, en Argentina, Ricardo Rojas también desarrolló un pensamiento sobre la nacionalidad, en este caso, en estrecha relación con el concepto de civilización y atribuyendo a la Educación un papel central. Tal como afirman Funes y Ansaldi, en el pensamiento de Rojas, la Educación era el vehículo para hacer realidad la Nación, para lo cual antes “se deb[ía] superar la educación positivista, cosmopolita, pragmática y materialista vigente” (2004: 477). En su obra que tituló *Eurindia. (Ensayo de estética fundado en la*

experiencia histórica de las culturas americanas) (1924), Rojas plasmó su definición de lo propiamente latinoamericano, y del problema nacional, al que le atribuyó un fundamento biológico-organicista a tono con las ideas dominantes en la época.

También en Brasil, en este caso en un registro vanguardista, las nuevas corrientes de pensamiento tuvieron expresión a través del debate promovido por el movimiento modernista, en un contexto agitado, además, por el movimiento *tenentista*. El “Manifiesto regionalista del Nordeste” de 1926, elaborado por el grupo *Verde-Amarelo*, en el que tuvo protagonismo Mario de Andrade, significó una reacción contra el cosmopolitismo e instaló el debate sobre la nación y, en este caso en particular, sobre el regionalismo. Un poco antes, el ambiente intelectual brasileño había sido sacudido por la *Semana de Arte Moderna*, celebrada en São Paulo en 1922.

En la década de 1920, cuando América Latina estaba inmersa en un proceso de búsqueda de identidad y pensamiento propios, la ya mencionada *Escola do Recife* fue recuperada y vinculada a la *Semana de Arte Moderna*, por ser considerado aquel un movimiento fundante de la reflexión crítica y la toma de conciencia sobre las raíces culturales de Brasil -consignas centrales de los artistas e intelectuales modernistas.

Hacia las primeras décadas del siglo XX, la reflexión sobre el presente, que tanto apremiaba a varios de los intelectuales latinoamericanos, en Europa y Estados Unidos ya había sido definitivamente expulsada del campo de la Historiografía, en un contexto en el que el positivismo era el paradigma dominante con el cual dicha disciplina había consolidado su estatuto científico. Obviamente, se trataba de una definición que nacía de la pugna con otras disciplinas sociales en expansión, como la Sociología, que por su parte iniciaba un camino que finalmente la acorraló en un presente sin historia, y cuya expresión típica fue la sociología estructural-funcionalista.

Desde el punto de vista de la Historiografía, Ángel Soto Gamboa (2006) arguye que “tal vez, fue la Gran Depresión el hecho que obligó a muchos historiadores a preocuparse más del presente que del pasado”.¹⁵ La tendencia se afirmó después de los hechos terribles de la Segunda Guerra Mundial. Al respecto, Soto afirma que:

“A partir de ese momento, la historia del presente emp[ezó] a ser reconocida como una parcela legítima del quehacer histórico y el apoyo institucional a su investigación se inici[ó] cuando la Fundación Rockefeller com[enzó] a subsidiar proyectos de historia social y económica del período 1900-1946, a los cuales se unió en 1966, la aparición del *Journal of Contemporary History*, cuyo propósito e[ra] promover el estudio de la historia del siglo XX” (Soto, 2006: 39-40).

En América Latina, como se ha visto, en el mismo período, muchas de las reflexiones más significativas acerca de la realidad social transitaban a través de fronteras todavía difusas, tanto era así que el pensamiento podría inscribirse (y de hecho, así fue muy frecuentemente) tanto en el campo historiográfico

como en el campo sociológico. Su cualidad singular era la elaboración de una visión de la realidad que indagaba en el pasado del mismo modo que en el presente. Así, la crisis de 1930 en todo caso vino a innovar en cuanto a los temas urgentes, y más claramente, en cuanto al repertorio de ideas disponibles y en uso, como se ha dicho: el nacionalismo, el socialismo, el comunismo.

En esta época, el sociólogo Gilberto Freyre publicó *Casa Grande e Senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal* (1933)¹⁶, un estudio sobre el esclavismo, precursor de los estudios sobre la plantación y su incidencia sobre la macrosociedad. Este trabajo tiene un gran valor intelectual, más allá de las numerosas críticas que ha recibido por presentar una versión “atenuada” de las relaciones de explotación esclavistas (Ansaldi, 1994). Más tarde, numerosos sociólogos, antropólogos e historiadores se abocaron al estudio de estos temas. Sin ir más lejos, los sociólogos brasileños Florestan Fernandes y Fernando H. Cardoso se graduaron con tesis sobre el esclavismo (Viales Hurtado, 2006: 140), en los años 1940 y 1950 respectivamente. Entre los estudios pioneros de las sociedades esclavistas también hay que mencionar el del cubano Fernando Ortiz, y su *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco*, publicado en 1940, y prologado por el célebre antropólogo estructural-funcionalista Bronislaw Malinowski.

Aún con su cualidad dialógica entre disciplinas, la Sociología Latinoamericana seguía reivindicando su estatus de “ciencia positiva”, según la impronta de sus precursores. Con reservas acerca de la neutralidad valorativa, así la entendió también el español catedrático de la Universidad Autónoma de México, José Medina Echevarría, en su *Panorama de la Sociología Contemporánea*, publicado en 1940 y en *Sociología: teoría y técnica*, publicado en 1941. Aunque hay que decir que Medina Echevarría, considerado uno de los padres fundadores de la disciplina en América Latina, fue un gran innovador de las ciencias sociales en la región.

Medina Echevarría tempranamente introdujo la reflexión acerca de las consecuencias sociales del desarrollo económico en el pensamiento sociológico, probablemente influido por la lectura del clásico, *Economía y Sociedad* de Max Weber, obra que tradujo al español en 1944 (Viales Hurtado, 2006: 153). Asimismo, en su reivindicación de los métodos “científicos”, Medina Echevarría fue un precursor de la comparación en ciencias sociales -en efecto, además de los métodos de la observación y la experimentación, defendió y practicó sesudamente la comparación.

En cuanto a la creación de instituciones, en esta época la Sociología Latinoamericana surgió como un dominio que se desprendió de las facultades de Filosofía y Derecho.

En Brasil, el proceso fue simultáneo. En 1933 se creó en São Paulo la Escuela Libre de Sociología y Política, y en 1934 la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de São Paulo (USP), creada ese año, con la colaboración de notables intelectuales, entre ellos el sociólogo Fernando de Azevedo. En 1935 se creó también la Universidad del Distrito Federal de Rio de Janeiro, más tarde Universidad de Brasil, que a su turno albergó a la Facultad

Nacional de Filosofía (1939). También apareció la primera revista especializada, *Sociología*, en São Paulo, 1939.

Fernando de Azevedo fue profesor, educador, crítico y ensayista. Fue también el pensador que introdujo en Brasil la obra de Émile Durkheim. En 1935, fundó la Sociedad Brasileña de Sociología. Ese mismo año, publicó *Principios de Sociología*. Y en 1943, publicó *A cultura brasileira*, una obra de historiografía en la que asumió una posición netamente nacionalista. Entre 1941 y 1943 fue Director de la mencionada Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP, donde más tarde fue jefe del Departamento de Sociología y Antropología (1947). En su cátedra de Sociología, tuvo como asistente a otro notable sociólogo brasileño, Florestan Fernandes. Ambos son ilustres referentes de la reflexión social en un espacio de hibridación de disciplinas, en el primer caso la Sociología, las Letras y la Educación, y en el segundo caso, primordialmente la Sociología y la Historia.

En Argentina, en 1940 se creó el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, llamativamente a instancias del historiador Emilio Ravignani. Y en 1942 se editó la primera publicación científica exclusivamente sociológica, el *Boletín del Instituto de Sociología* de la mencionada Facultad, proyectos dirigidos por el sociólogo Ricardo Levene, luego devenido historiador.

En esos años, otros dos reconocidos pensadores fueron los propulsores de la Sociología académica argentina: Alfredo Poviña y Gino Germani, aunque este último fue quien finalmente se llevó la gloria y el título de padre fundador de la disciplina, hegemonizando el campo académico de los años posteriores.¹⁷

Aquí interesa señalar como referente de la Sociología, de esa sociología comprometida con la realidad social y con su historicidad, al argentino Sergio Bagú. Ansaldi lo define como “uno de los grandes maestros de las ciencias sociales latinoamericanas, pionero en el trabajo de confluencia de análisis historiográficos y sociológicos” (2003, 49). Su libro *Economía de la Sociedad Colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina* (1949) es considerado un hito de la Historia Latinoamericana. El mismo Bagú afirma de sí mismo:

“Siempre me he movido en el límite de la Historia y la Sociología, y por lo tanto en el límite de la Economía y de la vida social. *Economía de la sociedad colonial* tiene un título que hay que descifrar. Lo que yo traté de reconstruir fue un mecanismo colonial, pero insertado en un contexto social, es decir, en una sociedad. No es una historia económica, no es tampoco estrictamente una historia social” (en Gómez, 2006).

Seguramente favoreció su predisposición a la hibridación de disciplinas el hecho que Bagú se desempeñó como profesor en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral. Según Ansaldi, “dos libros definen muy bien su capacidad y originalidad: [el ya referido] *Marx-Engels. Diez conceptos fundamentales. Génesis y proyección histórica* (...) y, sobre todo,

Tiempo, realidad social y conocimiento [1970]" (2003: 49). Este último, una verdadera hibridación de Filosofía, Historia y Sociología.

También en otros países de América Latina, y en la misma época, la Sociología tuvo sus primeras institucionalizaciones. En México, Lucio Mendieta y Núñez impulsó el Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1939. Ese mismo año apareció la *Revista Mexicana de Sociología*, y en 1947, también por iniciativa de Mendieta y Núñez, apareció la colección *Cuadernos de Sociología*. En 1940, José Antonio Arze fundó el Instituto de Sociología Boliviana de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Sucre, y dos años más tarde apareció la *Revista del Instituto de Sociología Boliviana*. En 1941, Rafael Bernal Jiménez fundó el Instituto Colombiano de Sociología (Blanco, 2005).

Estos impulsos de institucionalización de la práctica científica de la sociología - tanto en docencia como en investigación- estuvieron alentados por algunos otros estímulos provenientes del exterior. Como muestra Diego Pereyra (2006), en los años 1930, la Fundación Rockefeller contribuyó al desarrollo de los estudios rurales en América Latina. También, el *Institute of International Education* (IIE) promovió las ciencias sociales en Argentina en esos años. A instancias de esta organización se creó el Instituto Cultural Argentino-Norte Americano (ICANA), facilitando con esto el traslado de investigadores locales a Estados Unidos. Más tarde, el *Social Science Research Council* (SSRC) estableció el *Joint Committee on Latin American Studies* (JCLAS) (1942-1947). Sin duda, estos impulsos respondían a una política exterior de Estados Unidos hacia América Latina que ya desde los años 1920 y 1930 buscaba revitalizar el viejo proyecto panamericanista. En el campo de las ciencias, el gobierno de Estados Unidos, a través de estos diversos programas, orientó fondos para la formación de investigadores especializados en campos del saber que consideraba claves.

Con todo, interesa marcar una tendencia de larga duración en el proceso de construcción de un pensamiento y una ciencia de lo social en América Latina. Su característica predominante ya ha sido señalada en relación con el movimiento por la independencia y la consolidación del nuevo orden: el compromiso social y político de acreditados intelectuales latinoamericanos (y en nuestro caso particular, de sociólogos) con la realidad que los envuelve. Asimismo, otro rasgo de larga duración que define la reflexión científica sobre la realidad social en América Latina es la particular sensibilidad de muchos de nuestros más conspicuos intelectuales ante la historicidad (o la temporalidad, social e histórica) de los fenómenos, y a la hibridación de disciplinas en general.

A diferencia de lo ocurrido en los centros académicos hegemónicos, en América Latina la Sociología no se desprendió de su inquietud acerca del pasado, forjando una larga *tradición* en ese sentido, aún cuando la tendencia dominante global (de la cual seguramente esa tradición estuvo permeada) haya sido la de instalar una sociología encerrada en sí misma, con una mirada estructural-funcionalista, en general, ahistórica y distanciada de la realidad social.

LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA: AUTONOMÍA Y CRÍTICA

Hacia mediados del siglo XX, y en el seno de los Institutos especializados recientemente creados, la Sociología se orientó más decididamente al debate teórico en las aulas y a la práctica de investigación empírica. Poco a poco la tendencia hegemónica que se consolidó fue la de signo estructural-funcionalista, con influencia del cuantitativismo teórico y metodológico. Aún así, no faltaron formulaciones sensibles a la historicidad, sobre todo después de los efectos de la crisis del modelo de industrialización, en algunos países tan tempranamente como en los años 1950, y más claramente después de la definición socialista de la Revolución Cubana.

Incluso la Sociología dominante, madurada en el polo estructural-funcionalista (en contraposición con el polo marxista), que el clima de la Guerra Fría definía en términos dicotómicos y excluyentes, albergó posiciones críticas de la “teoría del desarrollo” y de la “teoría de la modernización”.

El nuevo patrón de acumulación trajo aparejado un cambio en la forma del Estado, en algunos casos cristalizado típicamente como Estado populista. Así, en América Latina, la institucionalización de la Sociología como ciencia autónoma (la sociología “científica”, según Germani) fue un aspecto constitutivo de un movimiento de institucionalización del Estado bajo una nueva forma, la de “Compromiso Social” y/o simplemente “Estado interventor”. Los estados populistas de Getúlio Vargas en Brasil (1950-1954) y Juan D. Perón en Argentina (1945-1955); los gobiernos (con algunos tintes “populistas”) del Frente Popular (1938-1952) y de Carlos Ibáñez en Chile (1952-1958) -más tarde seguidos por otra experiencia con cierto cariz “populista”, la Democracia Cristiana de Eduardo Frei (1964-1970); la revolución y los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz (1944-1954) en Guatemala, constituyen algunos de los ejemplos más sintomáticos de los cambios sociales acaecidos en la región.

Así, los años 1940 y 1950 fueron años de institucionalización autónoma de la Sociología en América Latina, con participación activa de los Estados en dicho proceso. A la Sociedad Brasileña de Sociología (1935), se sumaron en los años 1950: la Sociedad Mexicana de Sociología; la Sociedad Chilena de Sociología; la Sociedad Boliviana de Sociología y la Sociedad Ecuatoriana de Sociología; la Sociedad Argentina de Sociología (fundada por Poviña) y la Asociación Argentina de Sociología (en 1960, respuesta de Germani a la anterior).

En otros países estas “sociedades” se crearon simultáneamente con los “institutos”. Fue el caso de Perú, con el Instituto Peruano de Sociología, fundado por Roberto Mac-Lean Estenós y la Sociedad Peruana de Sociología fundada en 1957 (Blanco: 2005: 30). También fue el caso de Uruguay, donde la primera cátedra de Sociología se creó en 1951 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, y luego otra en 1952, en la Facultad de Arquitectura de la misma Universidad, junto con la creación de la Asociación Uruguaya de Ciencias Sociales, presidida por Isaac Ganon. En

Uruguay, además, en 1958 se creó el Instituto de Ciencias Sociales, al mismo tiempo que otro gran referente de la Sociología Latinoamericana, el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH). En Chile, en 1951 se creó el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, donde tuvo un espacio protagónico Eduardo Hamuy. Por último, también en Venezuela, se creó la Sociedad Venezolana de Sociología, fundada en 1951 por José Rafael Mendoza, y el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela creado en 1953 (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006).

Este proceso de institucionalización de carácter regional favoreció la consolidación de vínculos e intercambios entre las instituciones y entre sus investigadores (y en un segundo momento condujo a la fragmentación y especialización). Los impulsos del exterior sin duda tuvieron un gran efecto. Varios de ellos participaron desde el inicio de los congresos organizados por la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). ALAS se creó durante el Primer Congreso Mundial de Sociología organizado por la International Sociological Association (ISA) en Zurich en 1950. Sus fundadores fueron Alfredo Poviña y Tecera del Franco (Argentina), José Arthur Ríos (Brasil), Rafael Bernal Jiménez (Colombia), Astolfo Tapia Moore y Marcos Goycoolea Cortés (Chile), Luis Bossano y Angel Modesto Paredes (Ecuador), Roberto MacLean Estenós (Perú) y Rafael Caldera (Venezuela) (Blanco, 2005: 23).

El primer Congreso ALAS tuvo lugar en Buenos Aires en 1951, presidido por Alfredo Poviña. El segundo Congreso fue celebrado en Rio de Janeiro en 1953, con la presidencia de Manuel Diegues Júnior. El tercero tuvo lugar en Quito en 1955, y fue presidido por Luis Bossano.¹⁸ En este tercer Congreso ALAS, se estableció que la Sociología académica se organizaría en un tronco común de historia de la sociología, teorías sociológicas, sociología general y sociologías especiales y sociología latinoamericana (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006, citando a Brunner, 1988: 149).

Precisamente esto último, la producción sociológica “latinoamericana”, ha sido progresivamente excluida de las curriculas de nuestras Universidades, cediendo hasta límites perniciosos frente a una suerte “reduccionismo” que Ansaldo ilustra, como “reduccionismo politicista”, en referencia al problema de la democracia, con una cita textual del gran teórico del autoritarismo y la democratización en América Latina, Guillermo O’Donnell. Reproduzco aquí la misma cita, sin desperdicios, por su claridad y elocuencia:

“Yo diría que fuimos demasiado politicistas. Estábamos tan obsesionados por el problema político, que no tuvimos en cuenta algunas variables sociales y económicas que deberíamos haber considerado. (...) Finalmente, cuando vinieron las democracias, buena parte de los intelectuales se incorporaron a los gobiernos, donde la dependencia se vivía pero mucho no se la mencionaba; y, como muchos otros se comprometieron a decir que la dependencia había sido una moda que degeneró mal, ni la palabra ni el tema se recuperaron. (...) [C]omo las brujas, dependencia haber, la hay (y en grados insólitos). No sólo, y recuperando el análisis de Cardoso y Faletto, en cuanto al impacto formador que tiene lo que, a raíz de ese vínculo, hacen y dejan de hacer esos gobiernos

y las clases dominantes locales y las estructuras sociales y de poder. Creo que esa definición de dependencia (y no la puramente externalista, à la Gunder Frank), que también atiende a las transformaciones nacionales de clase, está vigente como nunca e intento recuperarla. (...) Es como que el lenguaje de los ochenta se ha hecho 'casto'. Una serie de palabras, como dependencia, clase, en otro tiempo Estado, ha sido abandonada; ahora hablamos de 'administración Clinton', 'administración Menem', las clases son 'sectores'. Este 'lavaje' del lenguaje es un dato interesante de una enorme hegemonía neoconservadora. Todos aquellos que dominan prefieren no usar la palabra dominación. El problema es cuando los dominados o los terceros que no tendrían por qué aceptar ese lenguaje, aceptan que alegremente se llame *leverage* al poder" (la cita corresponde a O'Donnell, 1995: 170; tomada de Ansaldo, 2007: 32-33).

Volviendo al examen de los años 1950, hay que señalar que, desde el exterior, la institucionalización de la Sociología Latinoamericana también cobró impulso en el sentido de hibridación de disciplinas, quizás más decididamente, con la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de la Organización para las Naciones Unidas, creada en 1948¹⁹; y más tarde, con el Centro de Pesquisas de Rio de Janeiro²⁰ y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), ambas creadas en 1957 y financiadas por la UNESCO en el marco de su compromiso con el desarrollo de las ciencias sociales en la región.²¹

En este contexto, Gino Germani marcó una línea de profesionalización de la Sociología, distinguiendo y separando a los aficionados de quienes se dedicaban "exclusivamente" a la práctica de la investigación, la docencia y la ciencia aplicada -estableciendo así una distancia precisa entre la Sociología científica y la tradición de Sociología de Cátedra. Fue Germani también uno de los integrantes del Grupo Latino-americano para el Desarrollo de la Sociología, creado en 1961 a instancias del *Social Science Research Council* (con la participación de Guillermo Briones, Luíz Aguiar Costa Pinto y Orlando Fals Borda, entre otros) (Blanco, 2005: 26). Instituciones como CEPAL y FLACSO compartieron esta visión de "modernización" de las estructuras y pensamiento de la Sociología -aunque, seguramente, habilitó un espacio de profesionalización que no fue "exclusivamente" sociológico.²²

Cabe notar que fueron estas instituciones multilaterales (CEPAL, FLACSO) las que definitivamente impusieron el nombre América Latina para designar a nuestro uno y siempre diverso subcontinente. En efecto, la CEPAL fue el primer organismo internacional que llevó inscripta dicha expresión. Y fue también un importante estímulo para pensar América Latina en escala regional, y no sólo en términos de problemas nacionales, que era la tendencia que decididamente se estaba perfilando como predominante.

Más tarde, otra organización internacional que desempeñó un papel rector en el proceso de institucionalización de las Ciencias Sociales fue el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) creado en 1967. CLACSO fue un agente representativo de la región ante la UNESCO, y en este sentido trabajó para lograr apoyos financieros y ofrecer oportunidades de trabajo e incluso amparo a muchos intelectuales amenazados en sus países por los

regímenes dictatoriales de los años 1960 y los venideros. Francisco Delich, Fernando Calderón, Márcia Rivera, son algunos de los nombres que se destacaron por su trabajo en esta institución.

En esos años también, Revolución Cubana mediante, gracias a la especialización disciplinaria y a la institucionalización académica masiva, con hegemonía de los centros de Estados Unidos, se promovieron los *Latin American Studies* y más tarde las candidaturas latinoamericanas a los programas de becas del gobierno de ese país (Wallerstein, 1996). En algunos casos, retomando impulsos anteriores como el ya mencionado caso de *Rockefeller Foundation*.²³

Hay que notar que las posiciones críticas dentro de la Sociología surgieron en el seno mismo de la Sociología dominante, estructural-funcionalista. En Brasil, Florestan Fernandes se formó en el pensamiento de la teoría de la modernización. Pero lejos de ver la realidad de un modo etapista, tuvo una visión original, basada en la dialéctica de lo que él mismo denominó “arcaización de lo moderno y modernización de lo arcaico”. Fue gracias a su aporte, y el de otros como Antonio Candido, Octavio Ianni y Fernando H. Cardoso que se consolidó la Facultad de Sociología de la USP en los años 1950. En Rio de Janeiro también surgieron figuras claves de la sociología brasileña: Alberto Guerreiro Ramos y Hélio Jaguaribe.

Notablemente, Fernando H. Cardoso junto con otro renombrado sociólogo chileno, Enzo Faletto, promovió la elaboración de conceptos propios para América Latina.²⁴ Hacia fines de los años 1960, el trabajo de estos sociólogos, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, constituyó una de las enunciaciones vernáculas más lúcidas del cambio social como proceso histórico, y con ello del cambio social visto desde el punto de vista de la hibridación de disciplinas -una línea de práctica científica que, como se ha visto, ya habían transitado Medina Echevarría y Bagú.

En la búsqueda de un pensamiento propio para la región, este libro rápidamente se convirtió en un clásico. Uno de los problemas que sus autores tenían entre manos en aquel momento era la definición de la noción “desarrollo”. Lo resolvieron apelando al cruce y combinación de distintas miradas disciplinarias -fundamentalmente el análisis sociológico, político e histórico, y no sólo el económico. Cardoso y Faletto se embarcaron en la empresa de una definición original del cambio social para evitar “presentar como una desviación lo que realmente es una manera de ser” (1990: 31).

En esta visión, asumir el carácter histórico de dicho proceso

“no significa aceptar el punto de vista ingenuo que señala la importancia de la secuencia temporal para la explicación científica -origen y desarrollo de cada situación social-, sino que el devenir histórico sólo se explica por categorías que atribuyan significación a los hechos y que, en consecuencia, se hallen históricamente referidas” (1990: 18).

Cardoso y Faletto acuñaron el concepto “situación de dependencia” como categoría que atribuye significación a los hechos, es decir, como “concepto causal-significante” históricamente referido (1990: 20). En breve, esta particular noción de dependencia permite realizar un análisis de los condicionamientos histórico-estructurales, rescatar la importancia de la acción en los procesos históricos (significación) y abordar la relación compleja entre los factores externos e internos que influyen en todo proceso -o dicho en los mismos términos en los que sus mentores lo formulan: “las características de las sociedades nacionales que expresan las relaciones con lo externo” (1990: 27). En definitiva, lo fundamental de la propuesta de estos sociólogos es la búsqueda de la especificidad latinoamericana a partir de la consideración de las relaciones, objetivos e intereses de los grupos y movimientos sociales que dan sentido (cambian o mantienen) a un proceso (desde su origen y durante su variable desarrollo).²⁵

La obra fue producida en el seno de ILPES-Chile, justamente por el papel que ésta (como otras instituciones) jugó en momentos claves de la historia latinoamericana, en este caso, con la dictadura militar iniciada en 1964, albergando y habilitando un espacio propicio para el trabajo a muchos investigadores obligados al exilio. Escrito entre 1966 y 1967 en Chile, el libro se publicó primero en Chile y en México en 1969 y luego en Brasil en 1970.

Cardoso y Faletto, y otros investigadores de países en situaciones tan disímiles como México, Argentina, Perú, Venezuela y países del Caribe y América Central, hicieron contribuciones ejemplares a la Sociología “crítica”, notablemente a las teorías del desarrollo y la dependencia.²⁶

En Argentina, ya se ha señalado el aporte de Bagú, por muchos considerado uno de los precursores del pensamiento de la dependencia en América Latina. Por lo demás, hay que decir que en el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, cuyo rumbo estaba marcado por el genio científico de Gino Germani (y su separación tajante entre “ciencia” e “ideología”), y en la Facultad de Filosofía y Letras, de la que dependía dicho Instituto, trabajaron notables investigadores como Jorge Graciarena y Tulio Halperin Dongui.²⁷

En 1963, Gino Germani publicó su célebre libro *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Y si bien el carácter dicotómico y evolucionista de sus categorías es todavía objeto de debates, lo cierto es que Germani apeló a la introducción de la historia en los análisis sociológicos y tuvo un afán comparativista que, según señala con audacia Ansaldi, coloca a Germani como uno de los precursores de la sociología histórica (1992b).

El pensamiento de Bagú interesa en particular por su impulso a la renovación de las ciencias sociales latinoamericanas de los años 1960. Bagú trató de pensar nuestras sociedades con conceptos elaborados a partir de la realidad local, y su pensamiento estaba indiscutiblemente concebido como compromiso militante. Al respecto, Ansaldi afirma:

“el maestro -un hombre comprometido con el socialismo- no lo ignoraba: ‘América Latina, continente colonizado desde hace siglos, pagó y sigue pagando tributos de sangre y especie. Tributos rindieron también sus intelectuales en el mundo de las ideas y en eso están aún no pocos. La traducción sigue siendo, en sofocante escala, la vara con la cual se miden tanto el mérito profesional del teórico como el empuje del revolucionario. Percibimos ya, sin embargo, los síntomas de una nueva actitud: la conquista del derecho a la propia opinión, respetuosa de los antecedentes pero liberada de toda reverencia inhibitoria” (2003: 50).²⁸

En Colombia, Orlando Fals Borda, padre fundador de la Sociología, marcó una línea de pensamiento similar. En 1959, fundó la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, en 1962 fundó la Asociación Colombiana de Sociología y entre 1964 y 1969 dirigió la escuela de graduados “Programa Latinoamericano para el Desarrollo” (PLEDES) (Viales Hurtado, 2006: 145). Sus publicaciones más significativas fueron la serie *Monografías Sociológicas*, en los años 1950, y luego sus dos libros *La Violencia en Colombia* y *Las revoluciones inconclusas en América Latina* (en 1971 y 1976, respectivamente). Sus trabajos se caracterizan por la crítica a la neutralidad valorativa, al estructural-funcionalismo y a una visión lineal del cambio -crítica que estaba ineludiblemente ligada a su actitud comprometida con la realidad social.

En México, Pablo González Casanova es sin duda el sociólogo de referencia de la tradición de pensamiento crítico de América Latina. Entre 1957 y 1965, González Casanova asumió la dirección de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, y entre 1966 y 1970 fue director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (creada en 1951) -Universidad de la que fue rector entre 1970 y 1972. Pablo González Casanova publicó *La democracia en México*, en 1965, y fue él quien precisó los términos de la hoy muy difundida categoría “colonialismo interno”.²⁹

LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA Y LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

En el ámbito académico global, desde la Escuela de los Annales, y sus grandes nombres: Lucien Febvre, March Bloch y Fernand Braudel, pasando por la formulación de Benedetto Croce de una historia contemporánea, digamos que el presente, o más particularmente la contemporaneidad, entró al dominio de la Historia y de las Ciencias Sociales. Pero la mirada contemporánea sobre el estricto presente fue escasamente practicada por los historiadores.

Hacia mediados de los años 1950, el predominio del paradigma positivista en toda la academia hizo que la Historia finalmente olvidara la consideración del presente más actual, y se replegara a una “historia contemporánea” que muy excepcionalmente llegaba a la consideración de los hechos ocurridos después de la Gran Guerra. Del mismo modo, el positivismo en boga hizo que la Sociología se confinara al estudio del presente, pero de un presente sin historia (o mejor dicho sin historicidad), cuya formulación paradigmática fue la Sociología de Talcott Parsons y la de sus múltiples seguidores.

En América Latina, sin embargo, es posible encontrar una larga tradición de hibridación de disciplinas. Según Blanco, los iniciadores de la institucionalización de los años 1940 y del ALAS

“en su mayoría eran abogados y tenían a su cargo la enseñanza de la sociología en las universidades de sus respectivos países de origen. Su producción intelectual combinaba obras de derecho y de historia, historia de las ideas y manuales de sociología. Las trayectorias de algunos muestran que las carreras intelectuales no estaban disociadas de la carrera política” (2005: 24).

Los pocos pero muy significativos ejemplos revisados más arriba buscan poner de manifiesto esto mismo. En particular, José Medina Echevarría, Sergio Bagú, Florestan Fernandes, Pablo González Casanova, y Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, fundamentalmente con su obra clave de la Sociología Latinoamericana, *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

Enfrentados con el estructural-funcionalismo ahistórico, los sociólogos referidos trabajaron desde una perspectiva de “análisis integrado”, para decirlo en los términos que utilizan Cardoso y Faletto. Desde un enfoque histórico estructural o dialéctico, según cada caso, se abordó la historicidad como cualidad irrenunciable de los objetos de estudio y el cambio social de larga duración como categoría crucial. Esto no difiere demasiado de la propuesta de la Sociología Histórica.

La Sociología Histórica fue un tipo particular de sociología que se institucionalizó en Estados Unidos en los años 1970. Ella se preocupó por reponer el pensamiento de los padres fundadores, principalmente de Karl Marx y de Max Weber, en análisis sobre transformaciones políticas, sociales y económicas de gran escala (Skocpol, 1991; Stompka, 1995). Julia Adams, Elizabeth Clemens y Ann Shola Orloff (2005) identifican “tres olas” de sociología histórica: la primera ola, con los trabajos de Alexis de Tocqueville, Émile Durkheim, Karl Marx y Max Weber; la segunda ola, la de los años 1970, que recupera la tradición iniciada hacia mediados de los años 1950, como reacción a la sociología ahistórica y a las visiones unilineales, significativamente representada por Reinhard Bendix en *Nation-Building and Citizenship* (1964) y Barrington Moore en *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (1966), entre otros; y una tercera ola, en pleno desarrollo hoy, que, entre otros elementos, finalmente incorpora los aportes de los estudios de género.³⁰

La Sociología Histórica es uno de los campos de reflexión que mayores expectativas ha suscitado en torno al debate sobre la reestructuración de las ciencias sociales. De ella se ocupan varios trabajos relativamente recientes, en los que se reivindica alguna forma de vinculación entre Ciencias Sociales e Historiografía. En general, muchos estudios coinciden en señalar que a partir de la obra de Moore, en la década de 1970 y 1980 proliferaron los trabajos sobre la modernidad y las transformaciones sociales que le daban lugar, y así la Sociología Histórica quedó definitivamente instalada en las estructuras académicas. Dos clásicos aportes en este campo fueron el de Wallerstein,

Modern World System (1974), y el de Skocpol, *States and Social Revolutions* (1979).³¹

La voluntad de reestructuración de las ciencias sociales es una de las respuestas a la fuerte expansión de los microanálisis que ha tenido lugar en los últimos años, en distintos ámbitos disciplinarios. En este contexto, la sociología histórica ha ofrecido una alternativa interesante. A pesar de la aplastante proliferación de los análisis micro, la gran escala nunca desapareció y la sociología histórica fue uno de las áreas científicas en las que dicha perspectiva estuvo más decididamente promovida y actualizada.

La Sociología Histórica ha sido definida como “una continua tradición de investigación sobre la naturaleza y efectos de estructuras a gran escala y de procesos de cambio a largo plazo” (Theda Skocpol, 1991), o también, el intento de entender la relación entre acción humana, personal o colectiva, y la organización o estructura social como algo que se construye de forma continua en el tiempo (Philip Abrams, 1982). Dicho en otros términos, se trata de una mirada sobre “grandes estructuras, largos procesos y enormes comparaciones” (Charles Tilly, 1991). Estas definiciones, provenientes de las academias norteamericana y británica, han sido intentos pioneros de institucionalización del campo. Hoy en día, la Sociología Histórica goza de plena vitalidad y vigencia.³²

La perspectiva de la hibridación, o en términos más laxos, el proceso de reestructuración permanente de las ciencias, pone de manifiesto el problema de las fronteras entre disciplinas. En el caso de la Sociología Histórica, como es obvio, el conflicto se da principalmente entre la Historiografía (o más comúnmente, la historia) y la Sociología. En el siglo XIX, los padres fundadores de la Sociología estuvieron enteramente comprometidos con un abordaje histórico de la realidad presente. Desde Comte hasta los mencionados Tocqueville, Marx, Durkheim y Weber, los trabajos fueron tan sociológicos como históricos. Como se ha visto, esta tradición fue opacada por la sociología estructural-funcionalista y fue precisamente la reacción a esta práctica científica la que, promediado el siglo XX, propició la hibridación de la Sociología y la Historiografía, denominada Sociología Histórica en Estados Unidos -con otras rúbricas en otros países.

Hay que decir nuevamente que la hibridación no supone la asimilación de dos disciplinas en una (la Historiografía o la Sociología), sino contribuciones en los márgenes de dos o más disciplinas (que eventualmente pueden consolidar una nueva disciplina). En este sentido, vale la pena reiterar, la Sociología Histórica no es una disciplina sino un “dominio híbrido”, una “práctica científica”, una “tradición de investigación”, un “proyecto intelectual”.³³

En cualquier caso, hay consenso sobre el hecho que la Sociología Histórica se caracteriza por sus objetos de estudio (el cambio social) y sus estrategias de investigación (la comparación) y fundamentalmente por una mirada que escapa a las dicotomías (presente / pasado; nomotético / idiográfico; universal / particular; estructura / acción; etc.).

La riqueza teórica de la producción en Sociología Histórica de los años 1970 y 1980 provino de las enormes comparaciones entre unidades nacionales o Estados-Naciones. En América Latina, progresivamente, desde varias disciplinas -y no sólo desde la Sociología se ha desechado, sin haberlo transitado demasiado, el camino de las grandes estructuras, los amplios procesos y las comparaciones enormes -tomando prestada la expresión de Tilly (1991).

No obstante, como se ha visto, hay en la región, una tradición de pensamiento sociológico que se ha vinculado estrechamente con la Historiografía, y que vale la pena rastrear. Es el caso de los ya mencionados de Medina Echevarría, Bagú y Cardoso y Faletto, y también el de Jorge Graciarena, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina* (editado por Paidós, 1967), y en la década de 1970, los coordinados por Raúl Benítez Zenteno: *Las clases sociales en América Latina: problemas de conceptualización* (editado por Siglo XXI, 1973) y *Las clases sociales y crisis políticas en América Latina* (editado por Siglo XXI, 1977).³⁴

Conceptos tales como poder y clase social, muy típicos de la Sociología clásica, estaban siendo recuperados y discutidos en un momento culminante de América Latina: la crisis de los modelos de Estado con participación activa en la economía y la sociedad y su reemplazo por otros modelos propios del “neoliberalismo”, que en muchos casos estuvieron acompañados por la instauración de férreas dictaduras.

En efecto, el neoliberalismo, o en términos más precisos, el orden social y político de exclusión, arraigó en América Latina paradigmáticamente a través de las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas. Así, renombrados sociólogos de países como Argentina, Brasil, Chile y Uruguay se vieron forzados al exilio. Esto estimuló el proceso de consolidación de las estructuras académicas de México, así como las dotó de un renovado prestigio. En 1971, se creó el Centro de Estudios Sociológicos y en 1973 el Programa de Doctorado en Sociología del Colegio de México.

En efecto, México albergó a un buen número de intelectuales por ser éste un país donde se vivía una “dictadura perfecta” -expresión con la que se conoció a la “singular” democracia del PRI en México. Aunque, como señalan Ansaldi y Funes (1998), “la tolerancia del Estado mexicano para con los disidentes de otros países no rig[ió] siempre para los propios connacionales y en ocasiones se torn[ó] brutal represión, como en la de los estudiantes que manifiesta[ron] en la Plaza de Tlatelolco, en 1968” -a tal punto esto fue así que, como señalan los mismos autores, “los mexicanos aluden a esta política estatal con la expresión ‘Candiles en la calle, oscuridad en la casa’”.

El argentino Juan Carlos Portantiero fue uno de los exiliados en México, y sin duda su pensamiento contribuyó a la construcción de la Sociología Latinoamericana. En su caso, a través de la difusión de la obra de Antonio Gramsci (*Los usos de Gramsci*, 1971). En efecto, junto a José Aricó y otros, había participado de la creación de ese emblemático proyecto político-intelectual que fue el articulado en torno a la revista *Pasado y Presente*.

Posteriormente, Portantiero y Aricó fundaron el Club de Cultura Socialista y la revista *La Ciudad Futura*.³⁵

Portantiero fue co-autor con Miguel Murmis de un texto de referencia obligada sobre el populismo argentino (*Estudios sobre los orígenes del peronismo*, 1969). A su vez, Miguel Murmis fue uno de los organizadores de la carrera de Sociología en Argentina, la que fundó y dirigió Gino Germani. En el mencionado libro, Murmis y Portantiero arremetieron contra las interpretaciones del “gran maestro” Germani. Murmis, además, fue quien tradujo la obra de Marx, en un equipo organizado por la editorial Siglo XXI.³⁶

Con todo, el auge de la Sociología en México era vivido en otros países de la región como una crisis institucional, primordialmente en Argentina, Chile y Uruguay. El caso de Brasil es una excepción, puesto que allí el carácter desarrollista del proyecto de la dictadura instaurada en 1964 permitió cierta consolidación de las estructuras académicas -aunque, es obvio, dentro de los límites impuestos por la censura y la persecución.

En este sentido, un trabajo de interés particular es el de Heleieth Saffioti, *A mulher na sociedade de classes*, publicado en 1969. Este trabajo es uno de los pioneros en la conformación de los “estudios de género” en América Latina. Como la sociología histórica, ese ámbito disciplinario también ha sido construido como un espacio de “hibridación” (Dogan y Pahre, 1993), como consecuencia de la “especialización” y las “intrusiones recíprocas” de los años 1970 en adelante (Wallerstein, 1996: 38).

En la misma línea de indagación sobre las clases sociales, en abril de 1978 se realizó un seminario en Lima, sobre la formación de la burguesía en América Latina. Una selección de trabajos allí discutidos fue compilada en Enrique Florescano coordinador), *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina, 1700-1955* (editado por Nueva Imagen, México, D.F., 1985). Antes, el trabajo de Medina Echevarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina* (Solar y Hachette, 1964) había formulado la hipótesis de la capacidad modeladora de la hacienda sobre las sociedades latinoamericanas, que bien puede ser tomado como un aporte para pensar la particular forma en que se construyeron las clases óciales en América Latina. A comienzos de la década de 1970, la Comisión de Historia Económica de CLACSO se ocupó del tema de la propiedad de la tierra en una sesión especial del Congreso Internacional de Americanistas realizado en Roma (1972), sobre “latifundios, haciendas, estancias y plantaciones”.

Estas contribuciones fueron sin duda el piso sobre el cual se edificó un pensamiento original sobre un tema hasta entonces soslayado: el campesinado. En efecto, la Sociología Latinoamericana sistematizó un pensamiento sobre este sujeto social fundamental (en sociedades agrarias como las nuestras) con la colección coordinada por Pablo González Casanova, *Historia Política de los Campesinos Latinoamericanos* (1984).

Finalmente, otro tema fundamental de la Sociología Latinoamericana, en la línea de sociología crítica e histórica, ha sido el pensamiento sobre el Estado y

la Democracia. Y es en este punto donde tal vez mejor se aprecia la riqueza teórica que contemporáneamente hacía alarde la Sociología Histórica de Estados Unidos e Inglaterra. Sobre esto, Ansaldi (2007), ensaya una reconstrucción en términos de “genealogía”. Así, señala primero el mencionado trabajo de Pablo González Casanova (1965) y los de Norbert Lechner, *La democracia en Chile* (1970) y *La crisis del Estado en América Latina* (1977), como también algunas aproximaciones heterogéneas producidas por el Grupo de Trabajo Estudios del Estado de CLACSO, iniciado hacia mediados de la década de 1970 y coordinado primeramente por Guillermo O’Donnell.

Según el mismo Ansaldi, hacia 1978, CLACSO se perfiló más decididamente como promotor fundamental de la construcción de la democracia como objeto de reflexión teórica y de análisis empírico. Ese año la Secretaría Ejecutiva del Consejo, con el argentino Francisco Delich a la cabeza, organizó la Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia, San José, Costa Rica. Luego, en 1980, se celebró en Roma el Congreso Internacional sobre los Límites de la Democracia. Allí, Jorge Graciarena reivindicó nuevamente la historicidad del objeto de análisis de la sociología, en este caso la democracia, y la “índole multifacética” de los fenómenos.

Ansaldi termina su reflexión genealógica, afirmando que la perspectiva sobre las condiciones sociohistóricas de la democracia ya ha sido abundada por varios (Francisco Weffort, Atilio Boron, Carlos Strasser y Tomás Moulian, son cuatro ejemplos que cita). A esta nómina hay que agregar sus propios trabajos (primordialmente, Ansaldi, 2007), toda vez que Ansaldi ha sostenido en varias oportunidades la necesidad de unir las dos perspectivas, la teórico-conceptual (típicamente sociológica) y la histórico-empírica (típicamente histórica).

En la línea de investigación sobre la democracia, iniciada en los años 1970, interesa señalar, además, un trabajo original, del mencionado Norbert Lechner, que abrió una línea de investigación todavía no suficientemente cultivada. Se trata de *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y Política* (editado por FLACSO-Chile, 1988). Con este trabajo, Lechner colocó en primer plano un aspecto sobre el cual aún resta mucho por decir en torno a las condiciones sociohistóricas de las dictaduras y las democracias en América Latina: el papel de la sociedad civil, la vida cotidiana, los miedos, los deseos. Sobre todo, si se busca abordar este aspecto desde el punto de vista de la sociología histórica, esto es, la hibridación de disciplinas y perspectivas teóricas, la comparación, el cambio social de larga duración y la integración de dimensiones de análisis (estructura y acción) en términos de proceso histórico.

CONCLUSIÓN

Esta ponencia es apenas un ejercicio de reflexión sobre la construcción de la Sociología en América Latina desde una perspectiva de larga duración, que permite poner en relación dos espacios que muy escasamente han sido cruzados: la Sociología Latinoamericana y la Sociología Histórica. Para ello me he valido fundamentalmente de la experiencia y el conocimiento acumulado como docente e investigadora del curso Historia Social Latinoamericana y del

Taller de Investigación de Sociología Histórica de América Latina (ambos dirigidos por Waldo Ansaldi, Facultad de Ciencias Sociales, UBA).³⁷

Las posibilidades de abordaje de esta cuestión son múltiples. Y si bien lo escrito acerca de la construcción de la Sociología Latinoamericana no es poco, el intento aquí ha sido enfatizar aquellos aspectos relacionados con la hibridación de la Sociología y la Historiografía, utilizando fundamentalmente el material bibliográfico y las reflexiones elaboradas en el curso de mi experiencia de trabajo. Con esto, he buscado también poner de relieve algunas características de larga duración de la Sociología Latinoamericana: la crítica, la elaboración de conceptos propios y el compromiso militante.

La preocupación por el cambio social, por la comparación y por la crítica de visiones dicotómicas de las ciencias (y de la realidad) permite afirmar, con cierta audacia, que existe una tradición y práctica de la Sociología en América Latina que es sociología y es histórica. En ella están presentes, si no todos, muchos de estos elementos: hibridación de disciplinas y perspectivas teóricas, comparación, integración de dimensiones de análisis (estructura y acción) en términos de proceso histórico, proceso histórico que alude al cambio social de larga duración, y todo esto entroncado con unas características propiamente latinoamericanas: el pensamiento crítico, la elaboración de conceptos propios y el compromiso militante de los intelectuales (si no en proyectos políticos, sí en proyectos intelectuales).

Ansaldi anota que

“en un texto de 1977, Graciarena decía: ‘El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina ha sido primordialmente una dialéctica entre ideas y procesos reales en la que aquéllas, ajustándose a éstos -y viceversa- han arribado a síntesis nunca del todo concluyentes, muchas veces distintas y contradictorias, pero siempre aferradas a una reiterada preocupación por la marcha de la historia, por las perplejidades de la coyuntura y no menos por las angustiosas anticipaciones del futuro’ (1991: 13).³⁸

Los años 1950 fueron años de consolidación de la Sociología como disciplina autónoma en las estructuras académicas locales, habiendo superado exitosamente diversos procesos de fragmentación e hibridación y habiendo originado otros nuevos. En este sentido, la Sociología Histórica de América Latina (si es que se acepta la denominación) es sólo un fragmento.

Se ha dicho que la Sociología Latinoamericana resulta de la combinación de unas prácticas de investigación vinculadas a ciertas ideas y conceptos que en conjunto configuran la disciplina en relación inmediata con los problemas sociales en juego y con las teorías y prácticas científicas nativas e implantadas que circulan en cada momento.

En este sentido, este es un ejercicio de pensar la Sociología Latinoamericana como Sociología Histórica, no por la mera necesidad de rúbricas ni por la voluntad de parcelamientos, sino por el deseo de poner y reponer un pensamiento sobre el cambio social y la unidad y diversidad de América Latina

(que la comparación permite captar cabalmente) que sirvan para la reflexión acerca de los problemas del presente, en particular, la construcción de un orden democrático.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Julia, Elisabeth S. Clemens, and Ann Shola Orloff (eds.) (2005): "Social theory, modernity and the three waves of historical sociology," in Julia Adams, Elisabeth S. Clemens, and Ann Sshola Orloff, *Remaking modernity: politics and processes in historical sociology*, Duke University Press, Durham and London.

Ansaldi, Waldo (1991): "Buscando América Latina: Entre el ansia de encontrarla y el temor de no reconocerla. Teorías e instituciones en la construcción de las ciencias sociales en América Latina", con la colaboración de Fernando Calderón, en *Cuadernos/1*, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. También disponible en Internet http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/articulos_ofr.htm

Ansaldi, Waldo (1992): "Frívola y casquivana, mano de hierro en guante de seda. Una propuesta para conceptualizar el término oligarquía en América Latina", en revista *Cuadernos del Claeh*, Año 17, Nº 61, Montevideo, pp. 43-48. Disponible en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>

Ansaldi, Waldo (1992): "De historia y de sociología: la metáfora de la tortilla", en Jorrat, J. y Sautu, R. (comps.): *Después de Germani: Exploraciones sobre estructura social en la Argentina*, Paidós, Bs. As.

Ansaldi, Waldo (1994): "Elementos adicionales para el estudio de las sociedades de plantación en América Latina. A modo de introducción". Prólogo a Waldo Ansaldi (comp.), *Sociedades de plantación en América Latina*, Unidad de Docencia e Investigación Sociohistóricas de América Latina (UDISHAL), Documento de Trabajo nº 54, Buenos Aires, (2 vols.), vol. 1, pp. I-XV.

Ansaldi, Waldo (2003): "Sergio Bagú" en *e-I@tina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 1, núm. 2, Buenos Aires, enero-marzo, pp. 49-50.

Ansaldi, Waldo (coordinador) (2007): *América Latina. Un barco a la deriva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Del autor, Introducción y Capítulo 1.

Ansaldi, Waldo y Funes, Patricia (1998): "Viviendo una hora latinoamericana. Acerca de rupturas y continuidades en el pensamiento en los años veinte y sesenta". Publicación electrónica en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>

Bandeira, Luíz Alberto Moniz (2005): "¿América Latina o Sudamérica?", *Clarín*, Buenos Aires, 16 de mayo. También disponible em línea en <http://www.clarin.com/diario/2005/05/16/opinion/o-01901.htm>

Blanco, Alejandro (2005): "La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos" en *Sociologías*, N° 14, Porto Alegre Julio/Diciembre, pp. 178-243. Disponible en http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517-45222005000200003&lng=en&nrm=iso&tlng=es

Bresser Pereira, Luiz Carlos (2006) : « De la CEPAL y el ISEB a la teoría de la dependencia" en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N° 183, Vol. 46, octubre-diciembre.

Brunner, José Joaquín (1988) : *El caso de la Sociología en Chile*, FLACSO, Santiago de Chile.

Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo (1990): *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, Siglo Veintiuno Editores, México DF, 24ª edición [1ª, 1969; a partir de la 14ª, 1978, corregida y aumentada].

Devés Valdés, Eduardo (2000-2004): *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 3 tomos.

Dogan, Mattei y Pahre, Robert (1993): *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, Gribalbo, México DF,

Funes, Patricia (2006): *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

Funes, Patricia y Ansaldi, Waldo (2004): "Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano" en Waldo Ansaldi (coordinador), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*, Ariel, Buenos Aires.

Gómez, Luis (2006): "Entrevista con el profesor Sergio Bagú. El periplo intelectual de un científico social latinoamericano" en *La Insignia*, México, febrero del 2006. Entrevista incluida en el libro-homenaje Sergio Bagú, un clásico de la teoría social latinoamericana, coordinado por Jorge Turner y Guadalupe Acevedo. México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés, 2005. Disponible en http://www.lainsignia.org/2006/febrero/cul_015.htm.

González Oquendo (1998): "Las ciencias sociales en América Latina: condiciones y particularidades" en Sergio Villena (editor): *El desarrollo de las Ciencias Sociales en América Latina, contribuciones a un balance*, FLACSO, San José.

Hale, Charles A. (1991): "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", en Leslie Bethell (editor), *Historia de América Latina*, Tomo 8, Crítica, Barcelona.

Harwich Vallenilla, Nikita (1990): "Venezuelan Positivism and Modernity" en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 70, No. 2 (May), pp. 327-344.

Liedke Filho, Enno Dagoberto (2006): "Sociologia Brasileira: tendências institucionais e epistemológico-teóricas contemporâneas, traduzido por Cristina Perna, en *Sociologias* [online], vol.1, Special Edition. Disponible en: <http://socialsciences.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517-45222006000100002&lng=pt&nrm=iso>. ISSN 1517-4522.

López Alves, Fernando (2003): *La formación del Estado y la democracia en América Latina*, Norma, Bogotá.

Mann, Michael (1993): *The sources of social power*, Vol. II, Cambridge University Press, Cambridge.

O'Donnell, Guillermo (1995): "Democracias y exclusión" en *Agora. Cuaderno de estudios políticos*, Nº 2, Buenos Aires, pp. 165-172. Entrevista por Sebastián Mazzuca.

Oszlak, Oscar (1978): "Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio", *Estudios CEDES*, Vol. 1, Nº 3.

Pereyra, Diego E. (2006): "American organizations and the development of sociology and social research in Argentina. The case of the SSRC and the Rockefeller Foundation (1927-1966)", *Research Reports online*, Rockefeller Archive Center, New York. Disponible en archive.rockefeller.edu/publications/resrep/pdf/pereyra.pdf.

Abrams, Philip (1982): *Historical Sociology*, Open Books, Sommerset.

Salvatore, Ricardo (2006): *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*, Editorial Sudamericanas, Buenos Aires.

Skocpol, Theda (editora) (1991): *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, New York.

Solari, Aldo (et al) (1976): *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, FCE, México.

Soto Gamboa, Angel (2006): *El presente es historia*, Centro de Estudios del Bicentenario/CIMAS, Santiago de Chile.

Stompka, Priotr (1995): *Sociología del cambio social*, Alianza Editorial, Madrid.

Tavares-dos-Santos, José Vicente y Baumgarten, Maíra (2006): "Latin american sociology's contribution to sociological imagination: analysis, criticism, and social commitment", traducido por Beatriz Viégas-Faria, en *Sociologias* [online], vol.1, Special Edition. Disponible en:

<http://socialsciences.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517-45222006000100003&lng=pt&nrm=iso>. ISSN 1517-4522.

Tilly, Charles (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Editorial, Madrid.

Tosta, Virgilio (1969): *Manual de Sociología*, Gráfica Herpa, Caracas.

Viales Hurtado, Ronny (2006): "La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980)", en Historia general de América Latina, tomo IX, Héctor Pérez Brignoli (coordinador), *Teoría y metodología en la Historia de América Latina*, UNESCO/Trotta, Madrid.

Wallerstein, Immanuel (1998): *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo Veintiuno Editores, en coedición con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (UNAM), México D.F.

Wallerstein, Immanuel, coordinador (1996): *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkián para la reestructuración de las ciencias sociales*, Siglo Veintiuno Editores, en coedición con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (UNAM), México D.F.

¹ Mattei Dogan y Robert Pahre (1993) definen la "hibridación de disciplinas" como un proceso permanente y constitutivo del desarrollo de las ciencias, punta de lanza de la innovación científica. Los autores observan que las ciencias tienden a una permanente especialización y segmentación de disciplinas, que datan en realidad del mismo momento de la separación entre ciencias naturales y ciencias sociales, ambas, a su vez, desprendidas de la filosofía -la natural y la moral, respectivamente. Los autores señalan que, a través del tiempo, el patrimonio científico de las disciplinas formales se acrecienta a tal punto que la especialización es inevitable. Con esto, argumentan, dicho patrimonio se fragmenta y los distintos campos especializados se combinan con fragmentos de otras disciplinas conformando híbridos, los cuales logran una mayor o menor institucionalización, agotándose en sí misma o llegando a convertirse en una nueva disciplina o subdisciplina, susceptible de especializarse y fragmentarse y reproducir así el propio proceso de desarrollo de las ciencias. Al respecto, hay que notar que, en general, en el proceso de hibridación, los núcleos disciplinarios matrices se mantienen vigentes y los intercambios se producen en los márgenes.

² Es hoy clásica la visión de Gino Germani, en la cual se postulan tres momentos de la construcción de la Sociología Latinoamericana: una fase pre-sociológica que llegó hasta fines del siglo XIX; una fase de enseñanza de cátedra que se extendió desde 1890 hasta mediados del siglo XX; y una fase científica que comenzó precisamente en los años 1950. Otras periodizaciones también señalan tres etapas: la de "los pensadores", la de "la institucionalización" y la de "la crítica" (Solari, 1976); o bien: la "ensayista" de 1900 a 1950 (subdividido en tres etapas separadas por la primera guerra mundial y la crisis de 1930); la "científica" hasta la llegada del neoliberalismo; y

la que transcurre desde entonces hasta hoy, cuyo eje es el problema de la "identidad" (Devés, 2000, 2003, 2004) (tomado de Viales Hurtado, 2006). Este trabajo *discute* las periodizaciones señaladas.

³ Viales Hurtado propone tres "tradiciones" de Sociología Latinoamericana: la de "primera generación" (de 1821 a 1945); la de "segunda generación" (de 1945 a 1960) de institucionalización; y la de "tercera generación" (1960-1980) de sociología crítica (2006: 131). Varios autores, al definir la Sociología Histórica, prefieren usar términos como "tradiciones de investigación" o "prácticas científicas" (Skocpol, 1991; y Adams y otros, 2005, son algunos ejemplos). Mi propuesta va en la misma dirección.

⁴ Esta perspectiva permite captar la complejidad de cada instancia del proceso de institucionalización, sobre todo, la historicidad y contingencia del fenómeno. Al respecto, Viales Hurtado ya ha señalado lo siguiente: "sí hay que reconocer que [la] sociología de primera generación estaba más cerca de la reflexión crítica que de la investigación 'científica', si la comparamos con la segunda generación; pero, para los cánones de la época que le corresponde, las interpretaciones eran representativas del estado de investigación científica en ciencia social" (2006: 136). Aún así, creo que la tipología de Viales Hurtado nuevamente encierra los procesos en una periodización tripartita que por momentos atenta contra una comprensión que considere la historicidad que les es inherente.

⁵ En este párrafo se hace referencia al proceso de construcción del Estado Nación tal como lo entiende Oscar Oszlak (1978), un atento lector de los sociólogos históricos británicos y norteamericanos, y uno de los intelectuales que de modo original incorporó una visión histórica de los procesos sociales para América Latina. Para caracterizar el proceso histórico de formación de los Estados nacionales, Oszlak propone adoptar los atributos de "estadidad" primeramente definidos por J. P. Nettl y luego utilizados por Phillippe C. Schmitter y otros para el análisis de América Latina.

⁶ Hacia mediados del siglo XIX, el francés Michel Chevalier acuñó la expresión cuando asimiló la Europa meridional y latina con la América de raíz española, portuguesa y francesa, la América "Latina". Esta expresión fue difundida por la *Revue des Races Latines* editada en París. Detrás de todo esto, estaba la vocación imperial de Francia, y el proyecto expansionista de Napoleón III, concretado efímeramente en México con el Imperio de Maximiliano I (1861-1867), en un contexto, además, de renovada agresividad de España sobre sus antiguas colonias (invasiones a Perú y Ecuador en esos mismos años). Precisamente, esto último parece ser uno de los argumentos más sólidos, que justifica el resurgimiento de un espíritu antihispano, y que seguramente colaboró con la afirmación de una identidad *latinoamericana* y con ello con el desarrollo de un pensamiento local. Según relata Luíz Alberto Moniz Bandeira (2005), varios pensadores locales enseguida adoptaron la denominación de *cuño francés*.

⁷ Sobre oligarquía, tal como aquí entiendo el concepto ver: Ansaldi, 1992.

⁸ De modo singular, el positivismo de Letelier sostenía la necesidad de limitar el poder del Estado y de reforzar el poder municipal -cuestiones claves dada la constitución centralista y conservadora chilena.

⁹ Esta es la nómina que construyen Patricia Funes y Waldo Ansaldi, quienes señalan como "circunstancia reveladora" que "la primera edición de varios de

estos trabajos [fue] realizada en Europa y cada texto lleva[ba] un respectivo prólogo relatado por algún intelectual europeo de prestigio. Así, *Nuestra América* y *Pueblo enfermo* se publica[ron] en Barcelona y [fueron] prologados por Rafael Altamira, el primero, y Ramiro de Maetzu, el segundo; el libro de García Calderón apare[ció] en París, en francés, y su prologuista [fue] Raymond Poincaré; *Los negros brujos*, en Madrid, con prólogo de Cesare Lombroso, y *Entre cubanos. Psicología tropical*, también en París (2004: 488). Los autores también señalan que, más tarde, varios de los conspicuos sostenedores del positivismo se orientaron en direcciones diferentes: “Fernando Ortiz hacia el funcionalismo, Francisco García Calderón hacia el idealismo arielista, Alcides Arguedas hacia el fascismo antiliberal, Ricardo Rojas hacia el liberalismo más “puro”, José Ingenieros hacia una hibridación de socialismo, elitismo y raciología, entre otros tantos ejemplos (2004: 488).

¹⁰ En 1823, el presidente de Estados Unidos James Monroe había levantado la consigna “América para los americanos”, con la cual quedó definida una América-país (Estados Unidos) y unas Américas-continentes (América Central, Caribe y del Sur). Hacia fines del siglo, esta doctrina tuvo su reedición en clave imperialista, con el corolario del presidente Theodore Roosevelt a la Doctrina Monroe. He aquí uno de los elementos fundantes del antiimperialismo que tempranamente expresó Martí y que sería un elemento aglutinador en los años 1920.

¹¹ El movimiento se expresó en varios planos. Surgida en los años 1870, la *Escola do Recife* estuvo liderada por Tobias Barreto, e integrada por Clóvis Beviláqua y Sílvio Romero entre algunos de sus más sobresalientes referentes. El movimiento tuvo tres fases sucesivas: una poética (en la década de 1860), una filosófica (en la década de 1870) y una jurídica (desde la década de 1880 hasta principios del siglo XX). El desempeño de Tobias Barreto como profesor de la Facultad de Derecho de Recife marcó el inicio de la tercera etapa.

¹² En esos años las cátedras de Sociología proliferaron en todo el subcontinente. A las mencionadas arriba, se agregan: en 1900 en Asunción; en 1906 en Quito; y en 1907 en Guadalajara y México (Blanco, 2005: 25). En Chile, a pesar del rol protagónico que tuvo el Estado (tempranamente centralizado), a través de la Universidad de Chile, en la formación de la intelectualidad durante el siglo XIX, la institucionalización de la investigación en Sociología es bastante más tardía. En 1931, se creó la Facultad de Filosofía y Educación, cuyo referente fue Astolfo Taipa Moore.

¹³ Varios autores coinciden que en países como Venezuela, la modernización, e incluso el siglo XX, comenzaron recién con la caída del dictador Juan Vicente Gómez, en 1936 (Harwick Valenilla, 1990; López Alves, 2003). En este sentido, y esta es la interpretación de Charles Hale (1991), fueron los países más modernos (estados centralizados y con diferenciación del poder y economías desarrolladas) los que tuvieron espacio para albergar un proceso de institucionalización de la Ciencia (y con ella, el positivismo). Los ejemplos señalados para el caso de Venezuela revelan que para institucionalizar un saber, las redes sociales que pudieron establecerse entre ciertos intelectuales importan tanto como las estructuras de la sociedad y del Estado. En efecto, las posibilidades de acceso a un conjunto de relaciones institucionales e individuales, así como los talentos personales para emprender y administrar,

también definen la capacidad de intercambiar experiencias y conocimiento, conseguir fondos y en definitiva institucionalizar una disciplina.

¹⁴ Sergio Bagú publicó en 1972, *Marx-Engels. Diez conceptos fundamentales. Génesis y proyección histórica* (publicado por Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972). Como su título lo indica, allí Bagú analiza la historia de diez conceptos fundamentales elaborados por Karl Marx y Friedrich Engels, en una elaboración teórica realmente original. Específicamente, José Aricó se ocupó de reflexionar sobre el pensamiento marxista en América Latina. Aricó trató cuidadosamente el tema de su introducción en la región y del protagonismo de Mariátegui, precisamente en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (publicado por Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978). Se trata de una selección de trabajos que llevan su prólogo. Aricó también reflexionó sobre estos temas en “El marxismo en América Latina. Ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión” (publicado en Fernando Calderón (editor), *Socialismo, autoritarismo y democracia*, IEP-CLACSO, Lima, 1989).

¹⁵ “Frederick I. Allen fue, sin lugar a dudas, el primer historiador de ese suceso, al escribir en 1931 su obra *Only Yesterday* que trata con novedoso y agradable estilo, apto para el gran público, el fin de la década de los 20 y los efectos del Crac del 29” (Soto, 2006: 40, tomado de Augusto Salinas, “Los historiadores chilenos y la historia contemporánea” en *Finis Terrae*, I, 1, p. 72).

¹⁶ Gilberto Freyre ya había publicado su *Tratado de Sociología*, en 1931, en la saga tratadista que se había iniciado a comienzos del siglo XX.

¹⁷ Poviña se había doctorado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba en 1930 con la tesis *Sociología de la Revolución* (Blanco, 2005: 24). De la Universidad de Córdoba pasó a la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeñó como profesor de Sociología en los años 1940. Si en la disputa con Germani, éste se consagró como padre de la Sociología en Argentina, y fundó la Carrera en la UBA en 1957, Poviña fue señalado como “alma y motor del ALAS” (referencia recogida por Blanco, 2005: 25).

¹⁸ Los siguientes Congresos ALAS se realizaron en Santiago de Chile en 1957, presidido por Astolfo Taipa; en Montevideo en 1959, presidido por Isaac Ganon; en Venezuela en 1961, presidido por Rafael Caldeira. Y luego en Colombia en 1963 y en El Salvador en 1967. Con la instauración de dictaduras en el Cono Sur, los Congresos ALAS se celebraron en América Central y los países andinos. Significativamente, el XVIII Congreso ALAS se celebró en Cuba en 1991, en un momento en el que el país reponía el pensamiento sociológico en sus estructuras académicas, y en un momento en el que la viabilidad de la democracia, la ciudadanía y la representación en América Latina estaban entre los temas urgentes de la agenda internacional.

¹⁹ El pensamiento de Raúl Prebisch y un grupo de notables economistas y sociólogos dio forma a la producción intelectual de la CEPAL. Entre los economistas sobresalieron: Celso Furtado (Brasil), Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel (Chile). Ellos crearon el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) en 1962. Notables sociólogos como José Medina Echevarría, Francisco Weffort, Edelberto Torres Rivas, Aníbal Quijano, José L. Reyna y Vilmar Faria se desempeñaron en ambas instituciones.

²⁰ Hasta 1961, el director del Centro de Pesquisas fue Luíz Aguiar Costa Pinto, también vice-presidente de la *International Sociological Association* (ISA) (1956-1959). Los argentinos Gino Germani, Torquato Di Tella y Jorge Graciarena y el mexicano Rodolfo Stavenhagen, participaron de dicha institución. El Centro de Pesquisas, con Costa Pinto a la cabeza, editó la revista *América Latina* entre 1959 y 1976 -año en el que el gobierno suspendió los fondos y la entidad se vio obligada a vender todos sus libros a una empresa de reciclado para enfrentar sus compromisos (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006).

²¹ José Medina Echevarría fue el primer director de FLACSO, y allí publicó *Aspectos sociales del desarrollo económico* (1959). En 1973, el golpe militar puso fin a la democracia en Chile. En vistas de la censura y la persecución, FLACSO replanteó su estructura institucional, y se inició un proceso de descentralización que cristalizó en la creación de unidades de FLACSO en distintos países. Así, FLACSO se expandió a través de una decena de países. Sobre la institucionalización de las ciencias sociales en América Latina se han publicado varios trabajos. Aquí he consultado primordialmente el trabajo de Ansaldi (1991).

²² Blanco (2005) reseña minuciosamente la disputa entre los “tradicionales” y los “modernos”. Dice: “fue conformándose así un sistema de alianza intelectual e institucional claramente diferenciado. Mientras ALAS quedó fuertemente vinculada con las instituciones más tradicionales de la disciplina, como el IIS y las sociedades nacionales de sociología, los aglutinados en el “Grupo latino-Americano para el Desarrollo de la Sociología” estrecharon sus lazos con la ISA y con los organismos internacionales y los centros regionales de enseñanza e investigación como UNESCO, CEPAL, FLACSO y CLAPCS. Un signo por demás expresivo de ese sistema de alianzas diferenciado fue la designación de Gino Germani, en 1962, como vicepresidente de la ISA y de Alfredo Poviña, en 1963, como presidente del IIS” (2005: 44).

²³ Como ya se ha visto, Diego Pereyra (2006) se encarga de mostrar que este proceso había comenzado en los años 1920 y 1930. Un dato significativo que Pereyra acerca: la publicación del *Handbook of Latin American Studies* en 1936. En 1962 el JCLAS y la Fundación Ford crearon un programa de intercambio denominado *United States-Latin American Faculty Interchange Program* (USLAFIP). Según señala Pereyra, “the USLAFIP sought to strengthen Latin American studies in the US. Its purpose was the promotion of Latin American studies in American institutions and the development of higher education in Latin America. According to the Program Advisory Committee, the achievement of the latter should be part of American interests, since it would have an impact on the general education system in the US” (2006: 14). Esto mismo leído desde la perspectiva de la Alianza para el Progreso ofrece un cuadro acabado de los objetivos políticos de Estados Unidos: desarrollar a América Latina, para lo cual la promoción de la educación era un aspecto considerable. De acuerdo al relevamiento de Pereyra, la University of California at Berkeley, la UCLA, y las Universidades de Columbia, Harvard, Minnesota y Texas fueron parte de este programa. Medio centenar de investigadores latinoamericanos viajaron a Estados Unidos con el auspicio de este programa, fundamentalmente brasileños y argentinos. Entre los que cita Pereyra: Costa Pinto a Berkeley, Fernandes, Freyre, Ianni y Germani a Columbia.

²⁴ En Chile, además de funcionar el ILPES Y FLACSO, en 1958 se crearon la Facultad de Sociología de la Universidad de Chile y la de la Universidad Católica. Allí encontramos a Eduardo Hamuy, a Enzo Faletto, Orlando Sepúlveda y Manuel Antonio Garreton, entre tantos otros.

²⁵ A mi juicio, los modos de articulación de lo interno y lo externo que Cardoso y Faletto resumen en la categoría “situación de dependencia” es una visión más rica y más compleja que la consideración de las relaciones sociales dentro de los márgenes de un Estado y su interconexión con otros Estados (Tilly 1991: 30) o que la que propone la definición del Estado como “dual”: domésticamente, centralizado territorialmente; externamente, involucrado en la geopolítica (Mann, 1993: 9).

²⁶ No es el caso profundizar sobre estos temas, sobre los que se ha escrito en demasía. Quizás una de las contribuciones más provocativas es la de Luíz Carlos Bresser Pereira (2006).

²⁷ En cuanto a Tulio Halperín Donghi, y su aún hoy celebrada *Historia contemporánea de América Latina* (1969), Viales Hurtado afirma que “presenta rasgos estructuralistas, en el sentido cepalino, sobre todo en términos de la dicotomía centro-periferia” (2006: 161). El estructuralismo cepalino fue una de las respuestas más originales e importantes a la visión ahistórica y dicotómica centrada en el par feudalismo / capitalismo, y en este sentido, un aporte fundamental para la elaboración de categorías específicas desde y para América Latina. Como afirma el mismo Viales Hurtado, la obra de Halperin Donghi, además, marcó el ingreso de la contemporaneidad en el seno de la historiografía. Sobre el pensamiento de Jorge Graciarena vuelvo más adelante.

²⁸ En 1966, con el inicio de la dictadura, Bagú se exilió en México, donde residió hasta su muerte en diciembre de 2002. Afincado allí, trabajó en la UNAM y también en varias universidades de América latina y Estados Unidos.

²⁹ En la misma línea crítica, Rodolfo Stavenhagen escribió sus “Siete falacias sobre América Latina” (1965) y Aníbal Pinto desarrolló el concepto “heterogenidad estructural” para explicar la singularidad histórica de América Latina (Viales Hurtado, 2006).

³⁰ Según las autoras, el signo común que define a la “tercera ola” es la variedad de marcos teóricos que se utilizan (y no la inscripción a un solo paradigma, como fue el caso de la “segunda ola”) (2005: 32). La clasificación en términos de olas, y sobre todo la unidad y los límites entre la segunda y la tercera, han sido objeto de fuertes cuestionamientos. Ver: “Symposium on Remaking Modernity: Politics, History and Sociology”, en *International Journal of Comparative Sociology*, N° 47 (5), pp. 419-431.

³¹ Ver: Wallerstein, 1998, y su invitación a “impensar las ciencias sociales”; y los ya citados: Dogan y Pahre, 1993 y Wallerstein, 1996.

³² Este párrafo pertenece al texto con el que periódicamente se ha presentado el Taller de Investigación de Sociología Histórica de América Latina (TISHAL), desde que Waldo Ansaldi lo creó en 1991, en el seno de la UDISHAL. Ver: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/>.

³³ Correspondientemente, en el campo de la Historiografía, tal como señala Ángel Soto Gamboa (2006), fueron la crisis de 1930 y los sucesos de la Segunda Guerra Mundial los que incitaron a una reflexión histórica (e historiográfica) sobre el presente, y a partir de entonces el concepto “historia inmediata” (Jacques Le Goff) y el concepto “historia del presente” (Pierre Nora)

se instalaron en la academia francesa, logrando su institucionalización en los años 1980. En Alemania, Francia, Inglaterra e Italia, el presente fue objeto de consideración en institutos especializados.

³⁴ El primero de los libros coordinado por Bénitez Zenteno corresponde a trabajos discutidos en el Seminario sobre las clases sociales en América Latina realizado en 1971, Mérida, Yucatán. El segundo libro recupera las discusiones del segundo Seminario sobre clases sociales en América Latina, realizado en Oaxaca en 1973.

³⁵ En 1988, Aricó publicó *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* [Punto Sur, Buenos Aires].

³⁶ En la primera mitad de los años sesenta, Murmis realizó sus estudios de sociología en la Universidad de California, Berkeley.

³⁷ Este trabajo es el primero ejercicio de una serie, que eventualmente integrará un capítulo de un libro en preparación.

³⁸ Se refiere a Jorge Graciarena *Las ciencias sociales en una época de crisis. Notas sobre opciones y posibilidades*.